

podia. Yo fuí uno de ellos siendo lector actual: páguese nuestro Señor en la gloria la caridad que me hizo. Muchas veces fué guardian, y en el capítulo del año de mil seiscientos treinta y dos fué electo definidor de esta provincia. Siendo despues guardian de Maní, comenzó á fabricar una iglesia muy capaz de tres naves para los indios. Atajó el progreso de ella la enfermedad con que murió, y despues con las grandes y continuas calamidades que ha padecido esta tierra cesó aquella obra, que no se ha puesto mas mano en ella. Falleció en aquel convento á doce de julio de mil seiscientos cuarenta y cinco años, habiendo recibido la santísima Eucaristía por viático, aunque no se le pudo dar la Santa Extrema-Uncion cuando se entendió porque la enfermedad le dejaba poder andar sin hacer continua cama, y dió su espíritu al Señor cuando se le esperaban mas dias de vida. Pasó á la eterna de mas de sesenta y cuatro años de edad y cuarenta de provincia, habiendo sido algunos calificador del santo oficio.



LIBRO DOCE

DE LA HISTORIA DE YUCATAN.

CAPITULO PRIMERO.

Gobierno de Francisco Núñez Melian. Vida y muerte del dean D. Gaspar Núñez de Leon.

Prorogado el tiempo del gobierno del marques de Santo Floro, proveyó el rey por gobernador de Yucatan al general D. Luis Fernández de Córdova, y ántes que pudiese en ejecucion su viaje, le promovió al gobierno de Cartagena de las Indias. Por lo cual se dió este á Francisco Núñez Melian. Hízole el rey la merced en Cuenca á veinte de junio de mil seiscientos y cuarenta y dos años. Fué recibido en Mérida á treinta y uno de diciembre del año de cuarenta y tres, y gobernó hasta trece de abril del de cuarenta y cuatro. Lo que de él se experimentó en este poco tiempo fué mucha llaneza en el trato de comunicacion con los vecinos, que aun pareció demasiado en esto, y en igual grado se temió su codicia, porque segun el trato y contrato que comenzó con los indios, se tuvo por cierto nada dejara á los españoles en que pudieran granjear para sustentar la vida. En este poco tiempo, dia veinte de enero, se vió el estado eclesiástico en gran turbacion en la ciudad de Mérida, porque, no me acuerdo yá sobre que fué, envió el gobernador cantidad de soldados que prendiesen al canónigo Santos, que estaba en un beneficio no lejos de la ciudad, y habiéndole prendido se decia le

enviaba á Campeche con aquella guarda para desterrarle; pero fué nuestro Señor servido que se compusiese aquel disgusto.

Tuvo presto desgraciada y repentina muerte en ocasion de gran regocijo, porque habiendo mandado por bando que todos los españoles de la jurisdiccion de Mérida se juntasen en sus banderas para trece de abril con ocasion de hacer reseña general de armas, aquella mañana dejó dispuesto para la tarde formar un escuadron, como suele acostumbrarse. A la tarde entraron en la plaza mayor las compañías y tomaron sus puestos, quedando la de caballos en una esquina, para que cuando escaramuzasen envistiese como á romper el escuadron. Entró el gobernador en la plaza (aunque viejo, galan y airoso): dado principio á la escaramuza le dió acaudillando la caballería, y al llegar junto á una pieza de artillería hizo seña que la disparasen. Hallóse cercano cuando se disparó, y el caballo, ó por el estuendo ó por lo que Dios fué servido, quiso partir; pero detúvole con tal violencia, que al caballo rebentó la cincha de la silla, y al buen viejo el cinto de un braguero que traia. No pudiendo pasar de allí, iba á apear-se á un zaguan de las casas reales, y entrando por él y bajándole un negro del caballo yá estaba difunto. Salió en breve la voz de que habia muerto, y aunque habia algunos confesores en el corredor pegado al zaguan, ninguno llegó á tiempo que pudiese absolverle. Tocóse á rebato, que atribuyeron los que no se hallaron en la plaza á accion de la fiesta. Oyeron sucesivamente clamor solemne (como de gobernador) con que se alborotó la ciudad, hasta que se supo la causa. Con esta muerte las compañías que entraron alegres salieron con las banderas arrastrando y cajas destempladas, y al siguiente dia fué sepultado en la santa catedral, habiendo sido su teniente el licenciado Pedro Angel de Matos. Por su muerte del gobernador tomaron luego

la posesion del gobierno el capitan Alonso Magaña Padilla y el capitan D. Agustin de Várgas, que gobernaron desde trece de abril hasta veinte y ocho de junio que llegó sucesor á este gobierno.

Aunque duró tan poco el gobernador, se trató en su tiempo de reducir muchos indios que andaban ausentes de sus pueblos con gran daño de sus almas, porque así no acuden á doctrina, de los encomenderos por los tributos que les faltan, y de los pueblos porque las cargas de trabajos caen sobre todos los que quedan. Hizose sin costa de los encomenderos ni del rey, porque el maestro de campo D. Juan de Salazar y el capitan D. Gaspar de Salazar y Antonio Dorantes se encargaron de hacer la reduccion á su costa. Con el maestro de campo D. Juan de Salazar, que fué á lo oriental, fué por ministro de doctrina el padre Fr. Martin Tejero, del cual se trató en el libro antecedente, y redujeron cinco mil y ochenta y una personas. Con el capitan D. Gaspar de Salazar á lo occidental el padre Fr. Bartolomé Becerril de quien tambien se trató, y remitieron dos mil cuatrocientas y cuarenta y dos personas. Con Antonio Dorantes á lo meridional, volviendo á Bacalar, el padre Fr. Juan de la Peña hijo de la santa provincia de Andalucía, y remitieron mil y novecientas personas, que entre los tres parece haberse reducido nueve mil cuatrocientas y veinte y tres personas, y aun no se acabaron de correr todos los territorios, porque cesó con la muerte del gobernador.

Faltó aquel año de cuarenta y cuatro un ejemplarísimo eclesiástico digno de que su memoria no falte á estos escritos. Fué el doctor D. Gaspar Núñez de Leon, natural de las Montañas, hijo de personas nobles y calificadas, como lo mostraba la ejecutoria de hidalguía que tenia, y no he hallado donde formó sus estudios y se graduó de doctor: será posible lo

diga el muy erudito maestro Gil Gonzalez Dávila en su Teatro Eclesiástico. Pasó de España á Yucatan el año de mil seiscientos nueve, habiéndole hecho el rey merced de la chantría de la santa catedral de este obispado, y el libro de su cabildo que he visto no tiene el día en que le fué dada la posesion. A veinte y siete de agosto de mil seiscientos diez y nueve se le dió la del arcedianato, y despues fué dean.

Aunque vino mancebo de España, fué siempre su compostura y modestia muy grave, que con ser tanta la que en sus facciones tenia por los años en que pasó de esta vida, se decia ser la misma que se le vió desde que llegó á esta tierra. La asistencia del coro para la celebracion de los oficios divinos, fué siempre muy continua, y la gravedad, majestad y decencia para el culto divino siempre grande. Satisfecha la obligacion del oficio mayor rezaba el menor de nuestra Señora de rodillas con otras muchas devociones: por espacio de muchos años trajo los lunes, miércoles y viérnes un cilicio de cadenas de hierro con puas para las carnes y un jubon de cerdas asperísimas que cubria lo restante del cuerpo, á que no alcanzaba el hierro, y estos dos no se quitaba en todo el tiempo de la cuaresma.

Fué muy templado en el comer y beber, y gran limosnero, virtud que manifestó nuestro Señor le era acepta por un caso que sucedió. Recien venido el marques de Santo Floro á gobernar esta tierra, hubo un año gran falta de maiz, y algunos, ó por necesidad ó codicia, le robaron á este venerable varon el granero de su casa sin dejar en él aun media fanega de Castilla. Vió un criado suyo llamado Bonilla la falta que habia por el robo hecho, y dióle noticia de ella. Sintiólo grandemente por estar cercano al sábadó, día en que repartia la mayor cantidad de esta limosna á los pobres, y para no faltarles solicitó por cuantos modos pudo,

aunque, fuese por cualquier costo, tener para darles aquel día. Acudió nuestro Señor á este buen deseo, porque siendo yá viérnes y no habiéndole traido maiz alguno, acaso fué el mismo Bonilla á la troje, y habiéndola visto ántes vacía halló en ella mas de cincuenta cargas de maiz con que se pudo el sábadó siguiente socorrer la necesidad de los pobres. Otra vez en otra de cacao, que tambien les repartia, una noche le enviaron una partida de donde no esperaba ni presumia, con que les hizo mucho bien, porque valia muy caro.

En habiendo discordias en la ciudad, no perdonaba solicitud alguna por concordar las voluntades para extinguir los odios que de ellas se siguen. Dormia cerrando por fuera la cuadra su criado Bonilla, de suerte que no podia salir sino llamando, y nunca criado suyo le vió desnudar ni vestir; con que se puede entender hacia algunas penitencias ocultas. No se le oyó jurar vez alguna el santo nombre de Dios, sino fué en una ocasion de un gravísimo disgusto que (habiendo muerto el gobernador Melian) hubo entre uno de los dos alcaldes ordinarios y el marques de Santo Floro, de que se temió algun grave mal en la ciudad entre los valedores de ámbas partes, y por quietar al alcalde, que hizo un juramento con la cólera, el dean echó otro con celo de la paz que solicitaba. A la noche hizo una gran disciplina y penitencia, y desde aquel punto fué tal la melancolía que despues tuvo algunos meses que vivió, que nunca mas se le vió el rostro alegre. Acudia á todos los actos literarios que le convidaban y arguia en ellos, honrando cuanto podia, así entónces como en las demas ocasiones, á los profesores de letras. Fué comisario del santo oficio de la Santa Cruzada y gobernador de este obispado, y en concluyendo con los despachos á que estos oficios le obligaban, lo restante del día ocupaba en rezar y tratar de oración.

Enfermedad de melarchía ocasionó su muerte, disponiéndose para ella: tres dias ántes recibió el Santísimo Viático de la Eucaristía con tanta devocion y ternura, que movió á lágrimas á los que se hallaron presentes, y á otro pidiendo la Santa Extrema-Uncion se le dió. Pidió á su criado Bonilla que nadie sino él le amortajase, ni dejase ver sus carnes á persona alguna: esto encarecidamente, y que le enterrase con la ropa que le hallase, sin quitarle cosa que tuviese. Antes de amanecer el dia siguiente, le apretó el accidente, y fuéron á asistirle el provincial (por haber sido muy devoto de nuestra religion) el padre rector de la compañía de Jesus, y otras muchas personas por lo mucho que le estimaban. Habiéndosele dicho una misa, que oyó vestido y sentado, recibió el Santísimo Sacramento, y despues como pasado un cuarto de hora dió su espíritu al Señor en veinte y siete de setiembre de aquel año de mil seiscientos cuarenta y cuatro. A la tarde de aquel dia fué sepultado en la Santa Catedral de Mérida con grande asistencia de ámbos estados, eclesiástico y secular, honrando su cuerpo difunto, como él habia procurado honrar á todos mientras vivió. Fué enterrado con el cilicio que tenia pegado á las carnes, tan denegridas y curtidas que nadie dijera que eran de español, desde la cintura al cuello. Dejó fundada una capellanía de tres mil pesos de principal, y otros cuatro mil para que lo que rentasen se diese á sacerdotes que llevasen las varas del palio cuando el Santísimo va á los enfermos, y para las chirimías que le acompañan, y que esto se ejecutase primero que su capellanía. Lo restante de sus bienes mandó se diese á pobres, y perdonó mas de tres mil pesos que le debian personas á quien las muchas obligaciones de su familia haria trabajoso el pagarlos.

CAPITULO SEGUNDO.

Gobierno de D. Henrique Dávila y Pacheco, y sucesos de una armada que estuvo á la vista de Campeche.

Constando al Excmo. señor conde de Salvatierra virey de la Nueva-España la muerte del gobernador Francisco Núñez Melian, proveyó para este gobierno á D. Henrique Dávila y Pacheco, caballero de la orden de Santiago, muy cercano deudo del señor marques de Villena (que le trujo consigo cuando vino por virey) y general que habia sido de las naos de China. Dióse el título á veinte y tres de mayo de aquel año de cuarenta y cuatro, y fué recibido en Mérida á veinte y ocho de junio. Gobernó hasta cuatro de diciembre del año siguiente de mil seiscientos cuarenta y cinco. Trujo por su teniente general al licenciado D. Nicolas de la Redonda Bolivar, abogado de la real audiencia de México, confirmado su nombramiento con título del señor virey. Procedió en su gobierno este caballero como tal y visitó toda la tierra en el tiempo que en ella estuvo proveyendo algunas cosas importantes en los pueblos de los indios y sacó de ellos algunos españoles que les eran molestos informándose del proceder con que vivian. A todos oia sin detenerlos, y si podia despacharlos lo hacia luego con brevedad; y si no podia hacer lo que le pedian ó no era justo, con la misma los despedia y decia que no se cansasen porque no lo habia de hacer. Ahorraba con esto á los pretendientes las molestias que se les suelen seguir entreteniéndolos cuando no han de conseguir su intento, y á los que los alcanzan los gastos que de la dilacion se les ocasionan. Fué muy asistente á la celebracion de las festividades y sermones que en ellas se predicaban, dando buen ejemplo á los vecinos y autorizándolas con su presencia. Muchas veces salia por las tardes á pasear las calles de la ciudad á caballo, y en

su compañía algunos ciudadanos, que corriendo parejas despues en la plaza mayor se alegraba la ciudad. El proceder de su gobierno se podrá colegir por su residencia, en que solo se le puso una demanda que segun entiendo no montaba veinte pesos, y se decia que en medio pliego de papel se habia escrito toda. Porque presto adelante he de tratar otra vez de este caballero no digo mas por ahora.

Habiendo venido á Yucatan, como he dicho, por junio, despues el mes de setiembre de aquel año dió vista á estas costas una armada inglesa de trece urcas, en que venian mil y quinientos infantes, y por general un caballero ingles llamado don Jacobo Jackson, que se intitulaba conde de Santa Catalina. Dió cuidado á esta tierra, recelándose alguna invasion, y el gobernador dispuso la mejor defensa que fue posible á todos los puertos de mar. Especialmente envió socorro de los encomendados al de Campeche, que era hácia donde mas continuo andaba, y aun se supo de algunos prisioneros que cogieron en tierra (donde ellos nunca lo presumieron) venian con determinacion de dar saco á aquella villa.

Fué nuestro Señor servido que no la invadieron porque supo la mucha defensa con que de presente se hallaba. Pocas veces se han visto en aquel puerto tantos bajeles de diversas partes juntos, y sin la gente de la tierra, se decia haber mas de trescientos gachupines, que á diversas cosas habian venido por aquel tiempo de resulta de la llegada de flota, y me parece los debió de traer la divina Providencia para librar la villa de la invasion que se le pretendia. Como no se resolvian á entrar en Campeche, pasaron hácia Champoton, y la poca gente que allí habia se escondió, viendo todos los bajeles que se acercaban. Salieron algunos de los enemigos á tierra, y arcabuceando algunas reses de ganado mayor hicieron carne, sirviéndose de

la iglesia para tan indecente ejecucion, y especialmente de la pila bautismal. Maltrataron las santas imágenes, y á una de nuestra Señora, con quien los indios tienen singular devocion, le despedazaron la cabeza de un alfanjazo, y le robaron las joyas y vestidos que tenia.

Entre algunos indios que cogieron hubo uno ladino que dijo á los enemigos cómo el guardian de aquella cabecera llamado el padre Fr. Antonio Vázquez, y su compañero Fr. Antonio Navarro, estaban dos léguas del pueblo de Zihó en una estancia (que es la de la cofradia de N. Señora) retirados porque no los cogiesen. Llevando una compañía de cien ingleses por guia al indio que se lo dijo, fueron á la estancia, y llegando como á las dos de la mañana á diez de setiembre, dia de S. Nicolas, prendieron á los dos religiosos, maltratándolos con palabras y obras, quitándoles lo que tenían y desnudándoles sus hábitos con grandísimo escarnio de nuestra religion, de la católica romana y sacerdocio santo. Lleváronlos al pueblo de Zihó donde estuvieron tres dias y despues los pasaron á bordo. Por poco les costara la vida decir el guardian (ignorando lo que en estas ocasiones se practica) que los rescatarian á él y su compañero, dándoles licencia para escribir al provincial y á sus parientes, porque era natural de la ciudad de Mérida. Diéronsela; pero no surtió efecto, porque aunque el provincial por piedad diera el rescate, contribuyendo para él todos los conventos por ver libres á nuestros hermanos, no daba lugar la atencion al estado del comun, ni el gobernador diera licencia para ello. Sabido por los enemigos, saliendo la mar afuera para irse, quisieron lanzarle á ella los soldados y marineros de la urca en que los llevaban, diciendo que los habia engañado. Otras veces querian matarle, y yá que no lo hicieron, apenas les daban de comer ni beber: trabajábanlos mucho y golpeábanlos mas, diciéndoles continuas afrentas con que

pasaron entre ellos una desdichada parte de tiempo. Socorriólos Dios, porque tuvo orden el padre Fr. Andres Navarro para escribir al general el mal pasaje que se les hacia, el cual luego que lo supo mandó castigar á los culpados (que recibieron en pago muy buenos azotes con rebenques bien breados) y que se les diera mejor de coimer por el capitán de la urca, y aun envió socorro de agua y biscocho que les diesen, piedad que parece trae consigo la nobleza.

Retirados de estas costas con menoscabo de tres urcas que bararon en las Arcas (que llaman) fueron á las de la Habana. Antes de salir de la canal de Bahama les dió un temporal tan récio, que á vista de los de la urca donde iban los religiosos se fueron las otras nueve al fondo pereciendo gente y bajeles juntamente. La que quedó echó á los dos religiosos y ocho españoles que llevaban prisioneros en tierra en la costa de la Florida. A poco rato vieron como la urca de donde los habian sacado se fué tambien á fondo sin parecer ni verse mas cosa alguna de ella, que parece la conservó Dios mientras estuvieron los verdaderos católicos y sacerdotes, y que aquella sumersion fué castigo de las inquietudes y blasfemias de la confusion babilónica que componia aquella armada. Componíase segun dice el padre Fr. Andres Navarro de hugonotes, calvinistas, arrianos, sacramentarios, protestantes, zuinglianos y otras diversas sectas, y lo mas lastimoso que habia entre ellos algunos católicos romanos.

Refiriendo los trabajos que padecieron mientras fueron prisioneros dice lo siguiente, que lo refiero á la letra, porque cada uno discurra como la piedad le dictare. "Lo que nos sucedió con ellos en ese mar de Cristo, es para nunca acabar: solo diré á V. R. en esta, que lo crea, que no lo crea (por ser en alabanza y grandeza de la vírgen Maria nuestra Señora lo pongo y digo) como yo era muy devoto de nuestra Se-

ñora de Champoton, me encomendaba muy de veras á ella y á las once mil vírgenes. Juraré con juramento afirmativo que ví á nuestra Señora de Champoton con las vírgenes, que anduvieron en el combés riñendo con los ingleses cuando todos ellos se ahogaron y no quedó sino es nuestro navío en que ibamos entre ambos frailes. Y á mi ver fué porque despedazaron de un alfanjazo la cabeza de nuestra Señora y saquearon á la santa imagen y á todo cuanto tenia, y el castigo que dignamente merecieron fué el ahogarse todos sin quedar ninguno á vida sino es nosotros &c." Cuatro meses menos ocho dias estuvieron los religiosos en poder de los ingleses, y dice el P. Fr. Andres que el guardian deseó mucho padecer muerte por la confesion de nuestra santa fé católica romana, y á él le decian que le querian llevar á Inglaterra para que dijese misa á la reina, que se la decian todos los dias. Llegaron con grandes trabajos de hambre y sed á la Habana donde los socorrieron, y despues volvieron á esta provincia. Tal fué el fin que tuvo aquella armada; con que quedaron estas costas sin el peligro que se recelaba.

CAPITULO TERCERO.

De un capítulo provincial, y cómo fueron religiosos á la nueva conversion del reino del Próspero.

Aunque esta eleccion fué ántes de la venida del gobernador D. Henrique Dávila, la diferí por seguir mejor sus consecuencias á ella. Cumplíase el trienio del reverendo padre Diego de Cervantes, y vino á visitar esta provincia segunda vez el muy reverendo padre Fr.